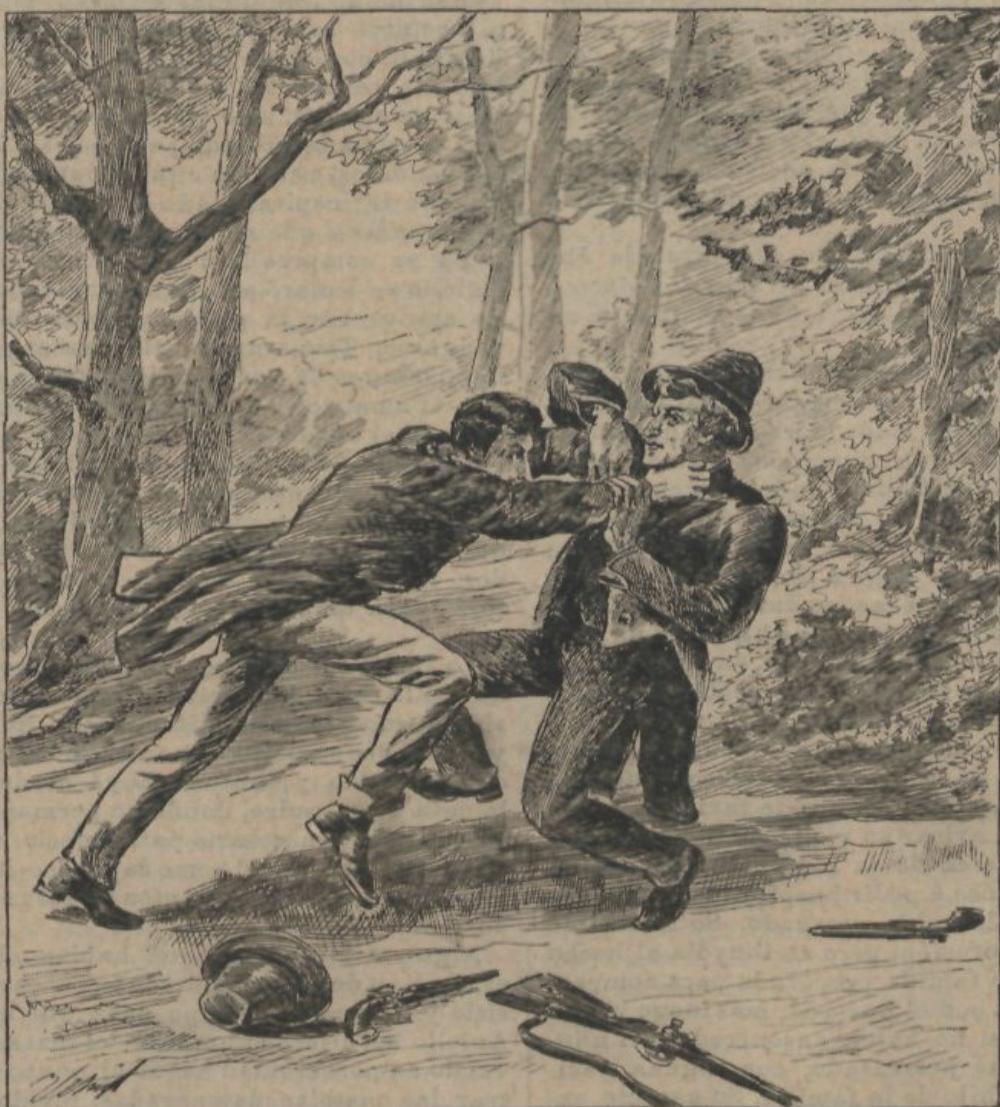


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ↔ BARCELONA, abril de 1895 ↔ NÚMERO 29

— Con el presente número se entregará el cuaderno 29 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



PERDIDOS PARA EL MUNDO:

La lucha fué prolongada y tenaz, concluyendo con la caída del agresor, que recibió una herida de muerte..

SUMARIO

Perdidos para el mundo (*conclusión*).—El cazador de caballos (*continuación*).—Diario de un pasajero.—Pensamientos.

PERDIDOS PARA EL MUNDO

(*Conclusión*)

Poco después circuló por toda la isla la noticia de esta captura, y todos tuvieron curiosidad de ver qué especie de hombre era aquel que durante cinco años había vivido separado de la sociedad humana. Cuando se le llevó al campamento para presentarle al gobernador, pensó que era llegado el momento de su ejecución, y, temblando como un azogado, miraba á su alrededor para ver si estaba por allí el verdugo. No se había cortado la barba desde el momento de su desaparición, ni llevaba más ropa que algunos trapos recogidos en una de sus expediciones nocturnas, y hasta su lenguaje fué al principio ininteligible.

Después de hacerle algunas preguntas para saber qué le había inducido á tomar semejante resolución, y por qué medios había conseguido conservar la vida, el gobernador le perdonó, devolviéndole á la sociedad, en la que, según se dice, llegó á ser un hombre muy útil.

En la obra de Keppel Craven, titulada *Excursión por las provincias del Sur de Nápoles*, se da cuenta de otro caso más asombroso de reclusión solitaria.

Las cercanías de Castellamare—dice mister Craven—tienen muy mala fama, por ofrecer seguro refugio á los ladrones ú homicidas que, acusados de un crimen ó convictos de él, buscan su salvación ocultándose en ciertos parajes retirados de la montaña. Su género de existencia se prolonga á veces tanto tiempo, que no solamente llega á ser soportable, sino que los fugitivos se acomodan á él perfectamente. Un conocido mío, que habitaba en Castellamare, trábó conocimiento, en sus frecuentes excursiones por aquellos poéticos alrededores, con un rico habitante de Lettere; y como llegase á tener con él cierta intimidad, comía á menudo en su casa con su numerosa familia. Sin embargo, no iba si no se le invitaba, ó, por lo menos, sin avisar su visita; pero cierto día, hallándose cerca de la casa á la hora de comer, aventuróse á pedir hospitalidad, que tantas veces se le había otorgado. Se le recibió con cierta confusión; pero atribuyóla al hecho de no estar la familia preparada para compartir su comida con el huésped; mas luego vió un joven, á quien no había encontrado allí nunca y que le fué presentado, con alguna vacilación, como hijo de la familia. Su aspecto excitaba de tal modo la curiosidad, que se había rogado al extranjero que refiriese su historia, é hízolo en los términos siguientes.

Salvador, así se llamaba, había sido amigo desde su infancia de un joven del mismo pue-

blo que, siguiendo sus malas inclinaciones por efecto de la pobreza y de los vicios, había avanzado tanto por la carrera de la iniquidad, que á los veinticuatro años se asoció con toda clase de hombres perdidos, de esos que ningún lenguaje califica tan bien como el italiano al llamarlos *malviventi* (hombres de mal vivir). Salvador, educado tan cuidadosamente como lo permitían los escasos recursos y el afecto de sus padres, trató inútilmente de apartar á su amigo Aniello del mal camino que seguía, y, con la esperanza de conseguirlo, conservó con él sus relaciones de compañerismo, ayudándole más de una vez con el escaso dinero de que podía disponer.

Cierto día, Aniello manifestó confidencialmente á su amigo que había proyectado, con otros compañeros, robar á un rico propietario, el cual vivía en una casa solitaria inmediata á unos viñedos pertenecientes al padre de Salvador, y que se necesitaba el auxilio de éste para que permitiera á los ladrones ocultarse en una caseta que no se ocupaba sino en la estación de la vendimia. Querían permanecer allí ocultos hasta la noche, para que les fuera más fácil perpetrar su inicuo proyecto. No solamente rehusó Salvador ser cómplice de semejante crimen, sino que se propuso prevenir á la persona interesada para que se librara de los bandidos, pero sin citar el nombre de Aniello, que le inspiraba aún compasión, aunque comprendiese que no merecía consideraciones.

Ya se comprenderá que desde aquel día Aniello se declaró enemigo de Salvador, jurando aprovechar la primera oportunidad para vengarse. Transcurrió, sin embargo, algún tiempo antes de que se presentara; pero cierto día, al amanecer, habiéndose levantado Salvador con el objeto de ir á cazar pajarillos entre los viñedos, Aniello, que le vigilaba de continuo, trató de satisfacer su cobarde venganza, disparándole dos pistoletazos desde un lugar oculto. Descubierto y perseguido por Salvador, revolvióse de repente contra él, y se esforzó para arrancarle de las manos su escopeta.

La lucha fué prolongada y tenaz, concluyendo con la caída del agresor, que recibió una herida de muerte de la misma mano que tantas veces había socorrido sus necesidades. Salvador, aterrado y confuso, huyó desde luego á la casa de su padre, donde no permaneció más que el tiempo necesario para referir lo sucedido, pues tanto aquél como la madre le aconsejaron que procurara ponerse en salvo ocultándose.

Algunos labradores que habían observado el término de la lucha desde lejos, corrieron al sitio y llegaron á tiempo para que el infame Aniello les dijera el nombre del matador y llevando su perversidad hasta el punto de mostrar las pistolas descargadas, regalo del que fué en otro tiempo su amigo, y que conservaban sus iniciales, diciendo que con ellas le había hecho fuego. Estas armas, juntamente con la escopeta, que el joven arrojó en el momento de huir, debían servir de prueba para

probar la culpabilidad del infeliz joven. La policía local tomó al punto sus informes y dirigióse á la casa de Salvador, que había huído ya, justificando así la acusación que contra él se produjo.

No se tardó en fallar la causa, pronunciándose la sentencia, y durante largo tiempo Salvador no se aventuró á visitar la casa de sus padres; pero como éstos eran tan respetados y el joven muy querido en general, no se practicaron rigurosas pesquisas, y, no habiéndose nunca alejado á gran distancia de su refugio, poco á poco se atrevió á visitar á sus padres algunas veces, aunque sin permanecer más que algunos minutos con su familia. Al fin, fué á verlos todos los días, guiándose por una señal que sus hermanos le hacían desde una ventana posterior de la casa, desde la cual no se divisaba más que una línea de empinadas rocas, casi inaccesibles, cubiertas de bosque. En su espesura había vivido más de dos años, y describió con un estilo conmovedor la singular existencia que las circunstancias le habían impuesto, acostumbrándose á ella de tal modo, que le era fácil bajar y trepar por aquellas escarpadas rocas con una ligereza y agilidad casi increíbles.

La persona que con frecuencia le vió después aseguró que aquel ejercicio tenía algo de sobrenatural. Durante el día, hallábase siempre entre las grutas ó en la copa de algún árbol, desde donde pudiera oír el silbido que le anunciaba que podía acercarse; y cuando se hacia la señal, bastábanle algunos minutos para bajar del más alto precipicio. Salvador dió un informe exacto sobre su manera de dividir el tiempo para entregarse á las ocupaciones cotidianas de las solitarias horas de su monótona existencia. Los cambios de tiempo eran para él un incidente del mayor interés en su vida. Los árboles, plantas y flores que crecían al rededor de su retiro eran objeto de su solicitud, y observaba con el mayor interés los cambios que sufrián; mientras que los pocos seres animados que había en aquella soledad eran para él otros tantos compañeros. Varias avencillas se habían acostumbrado á verle y reuníanse á su alrededor á ciertas horas para recibir los restos del alimento que se le daba en la casa de sus padres. Salvador podía clasificar con la mayor exactitud todas las especies de mariposas é insectos que había en su retiro, y durante los dos años de su reclusión vió la misma zorra pasar á una hora fija por delante de él. En este estudio, si tal podemos llamarle, y entregado á la lectura de los libros que en su casa le daban, el tiempo pasó para él pronto, sin que se le hiciera demasiado penosa su estancia en aquel lugar. Por lo regular, comía diariamente una vez en su casa; pero nunca pasó en ella una sola noche, considerando que su ermita de la roca era más segura. Por su particular posición, esta última se podía considerar como inaccesible desde las moles superiores de las montañas, y por abajo no había más que una angosta senda para subir, casi oculta entre los viñedos.

«Lady Grissel Baillie,—dice su hija, lady Murray,—nació en el castillo de Redbraes el 25 de diciembre de 1665; casó allí en 17 de septiembre de 1692, y murió en Londres en 6 de diciembre de 1746.

»Era la mayor de los diez y ocho hijos que mi abuela había tenido, y desde la infancia fué la favorita de sus padres. A causa de los disturbios que hubo en tiempo del rey Carlos II, comenzó su vida sufriendo muchas aflicciones. A la edad de doce años, su padre la envió á una casa de campo de Edimburgo, cuando mi abuelo Baillie fué aprisionado por primera vez, para ver si, gracias á su poca edad, le sería permitido entrar á verle, para entregarle secretamente una carta y obtener las noticias que pudiera.

»La niña desempeñó tan bien su comisión, que precisamente por esto comenzaron desde entonces para ella las penalidades, á causa de la confianza que inspiraba y de la actividad que desplegó para ejecutar las comisiones que se le confiaron.

»Poco después de esto, su padre fué condenado á quince meses de arresto en el castillo de Dumbarton, y después se le puso en libertad, sin que se le dijese nunca la causa de aquel castigo. Hasta que marchó á Holanda, la niña fué el agente que lo hizo todo bajo las instrucciones de mi abuela.

»Habiendo comenzado de nuevo las persecuciones, mi abuelo Baillie fué reducido á prisión otra vez, y el padre de nuestra heroína juzgó conveniente ocultarse, en lo cual procedió con mucho acierto, porque se enviaron varias partidas en busca de él. No era fácil que le encontraran; pues, gracias á los medios que le proporcionaron dos ó tres amigos, se pudo ocultar en una bóveda subterránea de la iglesia de Polwart, á una milla de su casa, donde permaneció un mes, sin más luz que la que penetraba por una pequeña abertura, á través de la cual nadie podía ver desde arriba lo que había abajo. La niña iba sola á verle á la hora de media noche, y llevábale el alimento necesario y la bebida, permaneciendo con él cuanto era posible para regresar á su casa antes de amanecer. Hasta entonces habíanle inspirado terror á la niña la vista de un cementerio, sobre todo por la noche; pero desde que tuvo que pasar siempre por él para servir á su padre, cruzaba entre las tumbas todas las noches sin temor alguno. El pobre prisionero voluntario, obligado á permanecer siempre en la oscuridad, debía sufrir en su escondite indecibles angustias, y, no teniendo ni aun el consuelo de distraerse con la lectura, contentábase con recitar en voz baja los salmos de Buchanan.

»Una vez mujer, la niña casó, fué muy buena esposa, y copleó en suerte un hombre que la hizo feliz, según lo prueba un escrito que me dejó después de su muerte, en el cual leíase lo siguiente:

«El mejor de los maridos y el bienestar de mi vida por espacio de cuarenta y ocho años, sin que jamás mediase entre nosotros la menor diferencia, murió en 6 de agosto de 1738,

»y sus restos mortales fueron enviados al cementerio de Mellerstain.»

El capitán Fisher, en ocasión de hacer un viaje en su bergantín *Antilope*, procedente del NO. de Australia y de regreso á su país, tuvo noticia de otro caso extraordinario de reclusión solitaria, que le refirieron detalladamente.

A fin de abastecerse de agua fresca, habíase visto obligado á echar anclas junto á una de esas solitarias islas de que está sembrada la

formas; varios hombres estaban á punto de huir de la isla, refugiándose en el bote; pero otros, de más valor, impusieron silencio y escucharon con la mayor atención.

El ruido de acercaba, y oyéronse horribles exclamaciones; los tripulantes estaban poseídos de indecible pánico, y supusieron que algún ser sobrenatural trataba de ahuyentálos de su dominio, dispuesto á darles muerte si no obedecían. A decir verdad, debe confesarse que un caso como éste era demasiado para el valor



PERDIDOS PARA EL MUNDO: Varias avecillas reunianse á su alrededor para recibir los restos del alimento del joven

superficie del mar del Sur, y la mitad de las cuales, por fértiles y deliciosas que sean, no tienen más habitantes que las aves marinas.

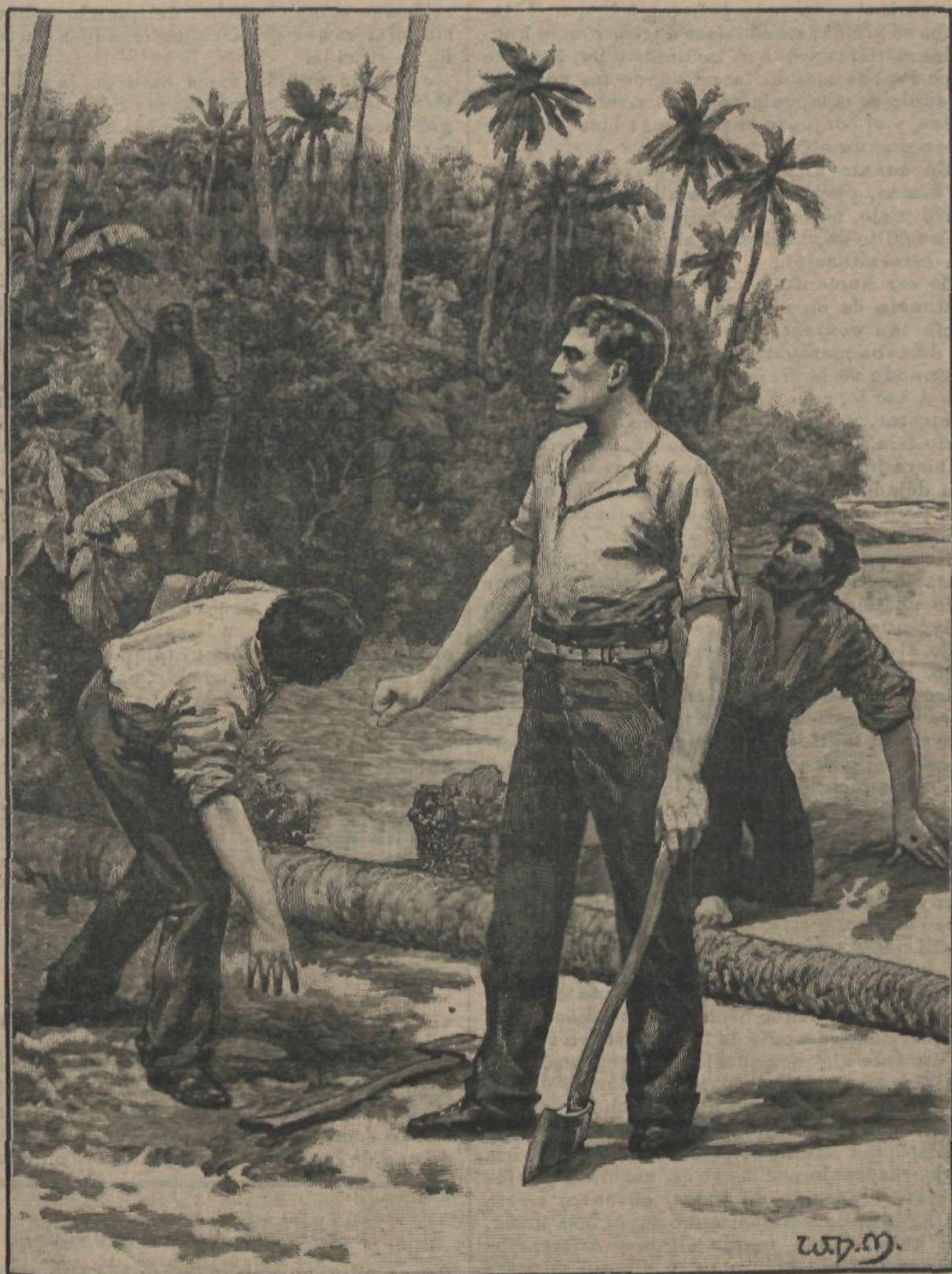
Después de tomar el agua necesaria, se envió el bote á otra parte de la isla, donde abundaban los cocos, á fin de hacer provisión de ellos; y apenas hubieron desembarcado los tripulantes, en vez de servirse del método ordinario para recoger el fruto, prefirieron cortar los árboles para trabajar menos. Eran hombres que habían estado mucho tiempo en el agua, y al saltar á tierra era tal su alborozo, que estaban en la mejor disposición para cometer locuras.

No habían estado ocupados mucho tiempo en la recolección, cuando oyeron de improviso un rumor siniestro; todos se miraron con espanto, temerosos de que apareciera algún monstruo marino ó terrestre, aunque ya el terror de algunos comunicaba extraordinarias

de una partida de marineros ingleses, tan proverbialmente cobardes tratándose de un encuentro con espíritus como son intrépidos ante el enemigo. Celebróse al punto un consejo de guerra, y después de una breve discusión acordóse, permanecer todos unidos y no emprender la fuga antes de ver quién era aquel enemigo invisible.

Al fin, se presentó el espectro, y viósele avanzar resueltamente; tenía el aspecto de salvaje, y dirigió la palabra á los marineros en buen inglés, reprendiéndoles por haber cortado los árboles. Muy pronto se convencieron los tripulantes de que aquel monstruo era un hombre, abandonado en aquella isla por un buque, según dijo, cuatro meses antes.

Ya se comprenderá que no se había impuesto semejante castigo por su buena conducta; llevaba la barba muy larga y enmarañada; de su ropa quedábanle solamente algunos hara-



PERDIDOS PARA EL MUNDO: Los marineros vieron al espectro avanzar resueltamente

pós, y tenía las carnes sucias como las de un minero que nunca ha subido á la superficie de la tierra.

Lo primero que se le preguntó fué, naturalmente, por qué se le había dejado en la isla, expuesto á perecer, á lo cual no pudo contestar satisfactoriamente; y después interrogósele

sobre su manera de vivir, á lo cual respondió que los principales artículos de su subsistencia eran los cocos, el pescado y los cangrejos de mar. Añadió que una vez tuvo la suerte de matar un cerdo; mas, por falta de sal para conservarle, solamente le duró dos días.

Después de esta conversación, algunos de

los marineros le acompañaron á lo que él llamaba su vivienda: reduciése á tres troncos hundidos en tierra y que se inclinaban por la parte superior, formando la mitad de un cono; el tejadillo se componía de hojas y ramaje de los cocos, y el conjunto parecía más bien una perrera que un albergue humano.

En cuanto al mobiliario, correspondía con lo demás, pues sólo había allí una especie de cofre viejo, un lecho de hojarasca, un hacha, un cuchillo de carníero y algunos pedernales. En esta situación, á cuatrocienas millas de todo ser humano, y casi á incommensurable distancia de su país natal, aquel hombre parecía tan contento, que se hubiera dicho que no deseaba marcharse.

Cuando se le propuso pasar con los marineros á bordo, reflexionó algún tiempo antes de contestar, y, al fin, dijo que si se le pagaba salario iría, lo cual, denotando su indiferencia, hubiera justificado á los marineros si le hubiesen dejado allí. Sin embargo, se dejó convencer, pero como hombre que hace un favor más bien que como aquél que lo recibe.

No se pudo conseguir que diese ninguna explicación satisfactoria sobre la causa de haber sido abandonado en la isla; pero siempre se creyó que no sería un ligero crimen lo que indujo al capitán á imponerle tan ejemplar castigo. A decir verdad, su futura conducta justificó la suposición, pues, en vez de manifestar agradecimiento á sus libertadores, quiso promover un motín; de modo que para la conservación del orden en el buque se creyó prudente dejar aquel hombre en Puerto Jackson.

Podemos terminar nuestro capítulo citando el caso de un ermitaño que tuvo el singular capricho de aislarse en el corazón de Londres, y cuya historia, referida por un cronista, es como sigue:

«El noble y virtuoso caballero Enrique Welby heredó un dominio que producía más de cinco mil duros al año. Tenía una regular educación, habiendo hecho sus estudios en la Universidad, después de lo cual estuvo viajando durante algunos años. A su regreso, establecióse en el dominio paterno, donde se distinguía por su generosa hospitalidad, juntamente con su virtuosa hija, casada con sir Christopher Hilliard. A la edad de cuarenta años, respetado por los ricos, venerado por los pobres, y querido de todos, encontró cierto día en la calle á un hermano suyo, más joven, con quien había tenido algunas diferencias por cuestión de opiniones, y, sin que mediase altercado alguno, aquél le disparó un pistoletazo, que por fortuna no le causó daño alguno, á causa de haber fallado la pólvora.

»Creyendo que su hermano habría hecho esto solamente para atemorizarle, le desarmó, y, guardando la pistola descuidadamente en su bolsillo, volvió á su casa pensando en lo que le acababa de suceder; mas, al examinar el arma fraticida, encontró las balas en los cañones, y esto le produjo tal efecto, que adoptó una resolución extraordinaria, cual fué la de

retirarse completamente del mundo, y lo más singular es que persistió en esta idea hasta el fin de su vida.

»Alquiló una hermosa casa en la calle de Grub, tomó una numerosa servidumbre y eligió para sí tres habitaciones, una que debía servir de comedor, otra como alcoba, y la tercera para entregarse al estudio. Como estaban contiguas, mientras una anciana criada le servía la comida permanecía en su alcoba, y cuando le hacían la cama trasladábase al aposento destinado á sus estudios. Desde el día que entró en la casa no se le vió ya salir de aquellas tres habitaciones, hasta que cuarenta y cuatro años después fué sacado de ellas, y en todo este tiempo no vió á su hija ni á su yerno, ni á sus hermanos y parientes, ni á persona alguna, cualquiera que fuese su condición: solamente le veía su anciana sirvienta, llamada Isabel, que encendía el fuego, hacía la cama y preparaba el alimento. En todo el tiempo que vivió así retirado no quiso comer carne ni nada de pesca; su principal alimentación consistía en gachas, y cuando quería hacer algún extraordinario límitábase á comer la yema de un huevo, sin tocar la clara; mientras que del pan no comía más que la migas, sin tocar nunca la corteza. Para bebida no tomaba nunca vino, ni tampoco hacía mucho uso del agua, prefiriendo, por lo regular, la cerveza, si bien bebía algunas veces leche de vaca, con tal que la hubiese ordeñado su anciana sirvienta. A pesar de esto, quiso que hubiese buena mesa para sus criados, los cuales tenían orden de admitir en ella á los que fueran á pedir hospitalidad. Llegadas las Navidades, quería que se le sirviese una buena comida y los mejores vinos; pero enviaba la mayor parte á los vecinos pobres. Cuando veía pasar por la calle, desde su ventana, alguna persona de aspecto mísero ó enfermizo, envía á buscarlos para que se les sirviera un buen alimento y se les diese algún socorro.

»A los cuarenta y cuatro años de haber vivido en aquella casa en su triste aislamiento, y como un anacoreta, ó poco menos, aquel hombre murió el 29 de octubre de 1636, á la edad de ochenta y cuatro años. Su cabello y barba habían crecido tanto, que más bien parecía un ermitaño del desierto que el habitante de una de las primeras ciudades del mundo.»

DIARIO DE UN PASAJERO

RELATO DEL PRIMER VIAJE DEL «GRAN ORIENTAL» DESDE BRISTOL Á NUEVA YORK, EN ABRIL DE 1888.

El siguiente relato, escrito en el tiempo en que los buques de vapor se consideraban todavía como una asombrosa novedad, no deja de ser interesante por todos conceptos, aunque las emociones del autor parecen hoy tan ridículas como las excentricidades de su estilo. Sin embargo, es curioso recordar la admiración con que nuestros padres consideraban hechos que

para nosotros son hoy cosa corriente. En 1838 no era fácil empresa para los tímidos cruzar el Atlántico con la nueva máquina de vapor; y por si algunos creyesen que incurrimos en exageración, reproduciremos la siguiente crónica, de cuya buena fe no se puede dudar ni un momento.

«Sábado, 7 de abril.—Salimos de Bristol á la hora señalada, á bordo de un pequeño vapor que no parecía capaz de resistir el oleaje, y á las dos abandonábamos el *Cumberland* para re-

»En un punto del río eran visibles las alturas de Clifton, y cerca de éstas pasamos por el sitio donde se trataba de construir el puente colgante sobre el Avon, en cuyos cimientos, obra gigantesca, trabajaban ya muchos hombres.

»Avistamos el *Gran Oriental* á eso de las cinco de la mañana, y, por extraño que parezca, de tal modo excitaba la curiosidad este buque, que nosotros, que íbamos á viajar en él, debímos esperar á que un pequeño vapor, cargado



DIARIO DE UN PASAJERO: La partida

unirnos con el *Gran Oriental*, que estaba en la desembocadura del río Avon, tributario del Severn, cuya confluencia con el gran río se halla á seis ó ocho millas de Bristol.

»El día no era nada favorable. Una brisa dura, casi un huracán, soplaban con fuerza, y llovía á intervalos copiosamente, pareciendo que los elementos se conjuraban contra nosotros al comenzar el viaje.

»El paisaje de las inmediaciones de Bristol es tal vez el más hermoso que existe en Inglaterra, y más allá del Avon se puede ver en toda su belleza. En el espacio de algunas millas, bajo la ciudad, las márgenes presentan á cada lado una serie de estupendas rocas graníticas que alcanzan á veces la altura de trescientos pies sobre el nivel del agua. A través de estas rocas no hay más que un estrecho paso, flanqueado en varias partes por precipicios espantosos.

de curiosos, se retirara para dejarnos sitio.

»Domingo, 8. — A causa del mal tiempo, el capitán Hosken había juzgado diferir la marcha hasta la mañana siguiente, y á las ocho de la mañana dióse, al fin, orden de levar anclas y comenzó el viaje.

»Parece extraño que se haya podido dudar que fuera practicable y seguro cruzar el Atlántico con vapor, sobre todo no siendo necesario esforzar el pensamiento para comprender que la cosa es muy factible. Largo tiempo se ha navegado con vapor por el mar del Norte y el Mediterráneo, por la vía de Gibraltar desde Inglaterra, y hace ya cerca de dos años que el paso á la India por el Cabo de Buena Esperanza se efectuó con el mejor éxito por cuatro ó cinco buques diferentes, y en este viaje, seguramente, no habría menos obstáculos para la navegación que los que se encuentran entre Europa y América. Sin embargo, es

evidente que han existido dudas sobre este punto, y por eso, en épocas anteriores, las regiones no exploradas infundieron indecible terror, como sucedió para la mitad del globo durante siglos que no conocemos.

»Por la noche llegamos á la desembocadura del Canal de Bristol, luchando contra vientos contrarios y un mar muy borrasco.

Lunes, 9. — La mañana se presenta magnífica, con un sol brillante y mar tranquilo, agi-

puesto también al habla para pedir noticias, ha dado orden de continuar la marcha.

»*Jueves, 12.* — Hemos pasado muy mala noche y como personas á quienes se hubiera estado manteando, á causa de los vaivenes del buque, que apenas permitían á los pasajeros permanecer de pie sobre cubierta, sin exponerse á caer á cada momento. De vez en cuando alguna ola barre la cubierta, y ha sido necesario tener mucho cuidado para que no se



DIARIO DE UN PASAJERO: Nos cruzamos con una magnífica fragata de vela...

tado sólo en torno nuestro por las ruedas del vapor. Navegamos rápidamente, gracias á la quietud de las aguas, y á eso de las doce nos ponemos al habla con el buque americano *Neponset*, de Boston, que hace cuatro días salió de Liverpool con rumbo á Charleston.

»*Martes, 10.* — Tenemos que luchar contra un viento desfavorable y una mar embravecida, y entre nosotros hay muchos que sufren horriblemente á consecuencia del mareo. Nos cruzamos con una magnífica fragata de vela, la *Sud Americana*, y cambiamos con ella los saludos de costumbre.

»*Miércoles, 11.* — Hemos encontrado un vapor transporte que al divisarnos izó el pabellón inglés, y nuestro capitán, después de haberse

lleve algún hombre. El agua gotea por todas las aberturas, y ha mojado toda la cámara.»

(Se concluirá)

*** PENSAMIENTOS ***

—Las horas tristes pueden enseñar mucho. Si se sabe aprovechar sus enseñanzas.

—Todo lo que tienda á destruir la base de la familia cristiana es dar pasos de gigante hacia el desarrollo de corrupción.

El fundamento ha de ser siempre la virtud de la mujer; la consideración y respeto del esposo, la esmerada educación de los hijos y los buenos ejemplos en todos.